

5. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

PEDRO IBARRA

*Catedrático de Ciencia Política y de la Administración
de la Universidad del País Vasco*

FRANCISCO LETAMENDIA

*Profesor Titular de Ciencia Política y de la Administración
de la Universidad del País Vasco*

SUMARIO: I. Primera definición.—II. Los movimientos sociales y el proceso histórico.—III. Una segunda delimitación. 1. Diferencias entre partidos políticos, movimientos sociales y grupos de interés. A) Orientaciones y relaciones con el poder político. B) Partidos y democracia. C) Organización / Acción; la identidad colectiva. D) El movimiento / red medios de acción. E) Intereses representados. F) La estrategia conflictiva. G) El horizonte antisistémico.—IV. Una tercera delimitación. 1. Movimientos sociales y ONG's. Un cuadro general. 2. Explicación de las diferencias y semejanzas.—V. El surgimiento de los movimientos. 1. Las tres carencias. A) Estructurales. B) Organizativas. C) Culturales. 2. Intereses, identidades, militantes. A) Intereses. B) Identidades. C) Identidades militantes. 3. Del descontento a la acción.—VI. Contextos del despegue y desarrollo de un movimiento social. 1. Los tres contextos. A) Recursos humanos y materiales. B) La estructura de oportunidad política. C) Los marcos culturales. D) Una perspectiva comparada. E) La relación dinámica de los contextos.—VII. Una propuesta final. Bibliografía.

I. PRIMERA DEFINICIÓN

Un movimiento social es *una red de interacciones informales entre individuos, grupos, y / o organizaciones que, en, sostenida y habitualmente conflictiva, conlleva con autoridades políticas, elites y oponentes —y compartiendo una identidad colectiva— demandan públicamente cambios en el ejercicio o redistribución del poder en favor de intereses colectivos.*

Esta es una previa y provisional definición de los movimientos sociales. Cuando finalicemos el capítulo ofreceremos otra, más desarrollada, algo más matizada. Somos conscientes, por otro lado, que esta definición es algo abstracta; ello resulta paradójico porque los movimientos sociales son formas de acción colectiva muy reales, muy vivas. Nada es tan poco abstracto como un movimiento social. Las luchas contra el poder político entabladas por movimientos de campesinos, obreros, mujeres, ecologistas y nacionalistas, son sobre todo concretos conflictos en defensa o exigencia de concretos intereses o valores.

En un primer intento de delimitación, resulta de sentido común el excluir de la denominación de movimientos sociales a aquellos grupos, asociaciones, o simple-

mente actividades colectivas, cuya única pretensión consiste en ocupar el ocio mediante actividades de juego, deportivas, artísticas, culinarias. Existe una coincidencia en todas las perspectivas analíticas sobre los movimientos sociales a la hora de afirmar que los movimientos sociales pretenden algo más «importante»; algo que tiene como objetivo la transformación social, en el sentido más amplio posible del término. Pretenden lograr reconocimiento, desarrollo y protección de intereses y necesidades individuales o colectivas que esos movimientos consideran expresan el bienestar colectivo, o la igualdad, o la libertad, o la justicia, o la emancipación, o en general, la dignidad humana. Un mundo de intereses y necesidades en cuya consecución están en juego valores y retos humanos fundamentales. Defender, lograr y también transformar dichos intereses y necesidades en derechos. En derechos establecidos por el poder político.

Por eso resulta oportuno iniciar nuestro análisis de los movimientos sociales describiendo cuáles han sido —y son— los principales movimientos sociales, y cuáles sus principales rasgos. Un primer y breve repaso histórico que nos servirá para, más tarde, comprender mejor (saber a qué *realidades* nos estamos refiriendo) cuando desarrollemos las consideraciones teóricas que conforman la mayor parte de este trabajo.

II. LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y EL PROCESO HISTÓRICO ¹

2.1. *Preludio*: Si los movimientos sociales construyen identidades colectivas a fin de resolver conflictos de poder, la historia del mundo occidental es, desde las revoluciones burguesas, una historia de movimientos sociales. Pudiera ubicarse a los movimientos nacionalistas en el umbral que separa la pre-modernidad de la modernidad, asignar al movimiento obrero una posición central en la modernidad, e identificar a los «nuevos» movimientos sociales, el ecologismo, el pacifismo, el feminismo, con la post-modernidad; sino fuera porque los «viejos» movimientos sociales han seguido construyendo nuevas identidades en los tiempos post-modernos, y que los llamados «nuevos» movimientos sociales hunden todos sus raíces, cuando menos, en el siglo XIX.

¹ Entre la abundantísima bibliografía sobre los movimientos sociales mas relevantes, que a continuación describiremos, seleccionamos algunas obras.

Para los movimientos nacionalistas: SEILER (1989), LETAMENDIA (1997), CAMINAL (1998), e IBARRA (2005a). Movimiento obrero SAGNES (1994), KOHLER (1995), PÉREZ LEDESMA (1997), LAIZ (2002). ZUBERO (1993) y TARROW (1997), RECIO (2003), CORTAVITARTE (2004), LETAMENDIA (2004).

Sobre el conjunto de los nuevos movimientos sociales: OFFE (1988) RIECHMANN y FERNÁNDEZ BUEY (1994), CASQUETTE (1998), y CALHOUM (2002). Específicamente para el feminista, diversos artículos en MUELLER, C. y MORRIS A. (1992) y GRAU (1993) MONTERO (2004), CAMPILLO (2002) y SANZ Y MALDONADO (2004). Para el ecologista, REICHMAN (1991), BARCENA, IBARRA y ZUBIAGA (1995), FERNÁNDEZ (1999), JIMÉNEZ (2002), MARTÍNEZ (2004) y TELLO (2000). El pacifista/ antimilitarista, AGUIRRE y otros (1998) SANPEDRO (1997), AJÁNGIZ (2003) y PRAT (2005).

Sobre los novísimos movimientos sociales: FUNES Y ADELL (2003), FUNES (1998), JEREZ Y ROMERO (2002), WUTHNOW (1996), BEJAR (2001), MADRID (2002), IBARRA, GOMÁ y MARTÍ (2002). Sobre los movimientos antiglobalización ver: FERNÁNDEZ BUEY (2004), GENRO (2000), MONEDERO (2003), MARTÍ I PUIG (2002), DÍAZ SALAZAR (2002) y PASTOR (2002).

3.2. *Los movimientos nacionalistas* responden a dos conflictos que no cabe confundir: el que enfrenta al proceso de construcción del Estado-nación moderno contra la tradición; y el que opone centro y periferia. La transferencia de la soberanía personal del monarca a un ente colectivo como la «nación», la conversión del súbdito en ciudadano, anunciada esta última por la Revolución Gloriosa británica, presentan un carácter paradigmático en la Revolución Francesa. Es aquí donde la enorme liberación de energías que produce la transformación de la sociedad estamental en el pueblo-nación, en lucha abierta contra el Antiguo Régimen, adquiere un claro carácter de movimiento social: las estrofas de la Marsellesa reflejan con agudeza esa efervescencia identitaria de naturaleza movimientista.

Cuando las legiones napoleónicas conquistan casi toda Europa en provecho de la Francia imperial, la llama nacional, salvo excepciones, no se difunde por adhesión al francés, sino en lucha contra el invasor. Pero conquistadores y conquistados comparten las mismas ideologías antiabsolutistas que alimentan las nuevas identidades nacionales: la concepción liberal de la nación teorizada por Locke, individualista y representativa, basada en la libertad y la propiedad; la concepción genealógica de la patria-nación, hecha de sangre y de descendencia, de Montesquieu y Burke; y la concepción democrática nacional de origen rousseauiano, para la que el soberano es el colectivo, la «voluntad general», no el individuo ciudadano.

La acción posterior del Estado constructora de la Sociedad y la Comunidad Nacionales no presenta ya carácter de movimiento social. La Sociedad nacional es fruto de la creación de un mercado unificado y de una Administración eficiente, de la socialización política de las masas a través de la enseñanza universal obligatoria y de su integración mediante mecanismos políticos tales como el sufragio universal. La Comunidad nacional es obra de una cultura política que alimenta la lealtad de los ciudadanos al Estado y genera su sentimiento de pertenencia a la Nación estatal.

Pero esta doble construcción discrimina desde sus inicios a grupos étnicos, lingüísticos o religiosos particulares, los cuales ven impedido su acceso en igualdad de condiciones a los bienes culturales, políticos y, en ocasiones, económicos, que distribuye el Estado. Estos grupos pueden permanecer pasivos; o bien reaccionar, en defensa al principio de su lengua, religión y cultura, más tarde, reclamando algún tipo de institucionalización política del territorio habitado. En el curso del proceso subsiguiente, los movimientos etno-nacionalistas mimetizan la doble labor del Estado-Nación al que se oponen: la construcción de una Sociedad nacional y, sobre todo, la creación de una Comunidad mediante la elaboración de una identidad colectiva nacional propia. Ello convierte a estos procesos periféricos en nacionalismos-espejo.

Históricamente se han producido en Europa Occidental tres manifestaciones sucesivas del conflicto centro-periferia en forma de movilizaciones etno-nacionales, cuyo punto de arranque debe situarse en los comienzos de las revoluciones industrial y nacional —por tanto, antes de la Revolución Francesa—:

a) La primera es la legitimista-reaccionaria, que comienza a fines del siglo xvii en el Reino Unido con los jacobitas (de 1688 a 1750), sigue con los

«chouans» de Bretaña en tiempos de la Revolución Francesa, y da lugar en la primera mitad del siglo XIX (de 1833 a 1876) al movimiento carlista alzándose en armas contra el débil liberalismo del Estado-Nación español.

b) La segunda reacción, que adopta la forma del nacionalismo populista, consiste en la utilización del arsenal del nacionalismo estatal por la periferia en la lucha contra el centro. Esta fase produce el surgimiento a fines del siglo XIX de los partidos autonomistas-nacionalistas, proceso que presenta especial relevancia, en el ámbito de Europa Occidental, en Cataluña y el País Vasco.

c) La tercera forma de movilización identitaria, la nacionalitaria-progresista, que se da en diversas partes del Occidente en los años sesenta y setenta, resulta de factores contradictorios: el desprestigio del nacionalismo racista provocado por el fascismo, las repercusiones sobre el viejo Continente del proceso de descolonización que dan pie al auge de la mimesis tercermundista, el federalismo europeo... Esta movilización es alimentada por los valores post-industriales propios de la generación de Mayo del 68 y de los movimientos alternativos —ecologistas, feministas, antimilitaristas— nacidos en su seno, de los que hablaremos más tarde.

Pero si estos nacionalismos presentan un fuerte carácter de movimiento social, no encajan sin embargo en su definición normativa más estricta. Constituyen en realidad la forma más acabada de «movimiento/comunidad»: son en tal sentido hechos totales que engloban, en su fase madura, toda las modalidades de la acción colectiva, y edificios complejos que contienen —potencialmente, o de hecho— todas las formas de organización: la no institucional —movimientos sociales—, la institucional —partidos, sindicatos, grupos de presión—, la clandestina —grupos armados—; así como todas las modalidades de expresión colectiva: la convencional, la no convencional, y dentro de ésta la de confrontación —desobediencia civil, manifestaciones, violencia política...—. En este último caso los movimientos nacionalistas pueden desarrollar una estructura dual mimética del Estado-nación en la que un grupo armado mimetiza al Estado, y una comunidad civil de legitimación del grupo armado a la Nación.

2.3. *El movimiento obrero* es el fruto más directo de la Revolución Industrial. Reacción de un mundo obrero dominado y explotado, nace a principios del siglo XIX en oposición al capitalismo, el cual suprime en aplicación de su ideología liberal las corporaciones artesanales y la legislación paternalista del Antiguo Régimen. Dependiendo de sus solas fuerzas y enfrentándose a todo tipo de obstáculos, los trabajadores van poniendo en pie el conjunto de organizaciones que forman en su totalidad el movimiento obrero —mutuas, cooperativas, sindicatos, partidos—, a través de las distintas acciones que constituyen, juntas o separadas, la respuesta obrera: las relacionadas con la reivindicación, con la lucha o con la negociación. Los partidos obreros no son movimientos sociales; los sindicatos, asociaciones estables que tienen por objeto la movilización conducente a la defensa de los intereses de los trabajadores, tampoco lo son siempre: tienen carácter movimentista en grado máximo los de oposición revolucionaria, y en grado mínimo, próximo a los grupos de presión, los de reivindicación y control.

La identidad del movimiento obrero gira en torno del trabajo, en su doble aspecto emancipador y alienante: trabajo como medio de realización individual y promoción colectiva; pero también factor de deshumanización, fragmentado por la división y estandarización extremas del proceso productivo, y elemento de un sistema de organización social que bloquea al obrero en un mundo sin horizontes. Por lo demás, el movimiento obrero no está aislado: las ideologías políticas que le alimentan —marxismo, anarquismo, anarco-sindicalismo, corporatismo— son muy distintas entre sí, por no hablar de las subculturas étnicas, nacionales o religiosas que influyen en él.

Las primeras formas de organización obrera que surgen a principios del siglo XIX en el Occidente industrial son los sindicatos de oficios —los de impresores, sastres, carpinteros—; a lo largo del siglo se organiza un sindicalismo profesional estructurado por Federaciones que agrupan ramas industriales a escala de Estado. La política, esto es, el movimiento republicano en Francia, el socialismo en los territorios germánicos e Imperio Austro-Húngaro, el anarquismo en Europa del Sur, ejercen una fuerte influencia sobre el sindicalismo. Las Internacionales contienen en su seno partidos y sindicatos. Pero si la I Internacional marxiana (1864-1872) guarda aún un equilibrio entre lo político y lo «sindical», por lo que goza del apoyo de las «trade-unions» británicas, la relación de fuerzas ha cambiado ya en la II Internacional relanzada en 1891: los partidos, y a su cabeza el Social-Demócrata alemán, son grandes organizaciones con fuerte representación parlamentaria y un discurso que afirma la preeminencia del partido sobre el sindicato.

La fase de auge del movimiento sindical, de 1880 a la I Guerra Mundial, es también la de la consolidación de los distintos modelos de sindicatos en su relación con los partidos:

— El modelo británico: el partido laborista es desde 1893-1901 la emanación del sindicalismo, actuando como brazo parlamentario de las Trade-Unions.

— El modelo francés: la CGT de antes de 1914 asume, a causa de la debilidad del socialismo, la doble lucha económica y política en una perspectiva de sindicalismo revolucionario.

— El modelo alemán: basado, más que en Marx, en la II Internacional, acepta la subordinación del Sindicato al Partido (el bolchevismo aplicará el mismo modelo, pero de modo más rígido; el sindicalismo, estrictamente supeditado al «Estado obrero», es la «correa de transmisión» entre el partido y las masas).

— El modelo norteamericano: la AFL organiza bajo la dirección de Gompers un sindicalismo de oficios basado en la defensa de los intereses corporativos de sus miembros.

— El modelo cristiano: de 1900 a 1919 se desarrolla un sindicalismo cristiano inspirado en la doctrina social de la Iglesia, definida en la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII (1891) y posteriores textos papales.

La fase fordista, iniciada en USA tras la I Guerra Mundial y en Europa occidental tras la II, descansa en un pacto social neocorporatista entre sindicatos, patronos y gobiernos por el que los trabajadores garantizan la preservación del sistema, la paz social y la disciplina productiva, a cambio de una intervención estatal que

asegure la redistribución del producto social y la institucionalización del movimiento obrero. Sus resultados son la expansión del Estado de Bienestar y el acceso a la sociedad del consumo de masas; pero también el agravamiento de la crisis ecológica.

La crisis cultural de los años sesenta, la recesión económica de los setenta más tarde, cancelan el modelo fordista. El sindicalismo occidental debe enfrentarse desde entonces a la desindustrialización y deslocalización de empresas, e improvisar respuestas ante retos tales como la diversificación de las categorías profesionales de la mano de obra, la marginación de un número creciente de parados, y la cuestión, nueva para él, de la protección de la naturaleza.

2.4. *El movimiento ecologista*, se moviliza en torno a un cierto número de premisas: el mundo de la naturaleza, o bio-esfera, es un sistema interrelacionado del que forma parte la especie humana, cuyo equilibrio debe ser respetado; existe un límite natural al crecimiento productivo, más allá del cual se producen desequilibrios medio-ambientales sobre ecosistemas limitados, o crisis ecológicas de alcance planetario —como el empobrecimiento de la capa de ozono—. La conciencia ecológica es una carga de profundidad contra uno de los pilares básicos de la civilización occidental, la revolución científico-técnica, inspirada en el proyecto cartesiano del dominio indefinido del hombre sobre la naturaleza mediante las matemáticas y la geometría; si se suma a ello su fuerte contenido moral, que incita a producir, consumir y vivir individual y colectivamente de modo diferente, se comprenderá las centralidad del movimiento ecologista en la crisis cultural de la post-modernidad.

Pese a su aparente ruptura radical con el pasado, en el siglo XIX aparecen ya corrientes proto-ecologistas como el ambientalismo obrero, que protesta contra las pésimas condiciones de higiene y vivienda de los trabajadores; el conservacionismo elitista, movilizado en defensa de los paisajes amenazados por la revolución industrial; y el naturismo —apoyado por los anarquistas— que propugna la restauración de la armonía perdida entre el hombre y la naturaleza a través del nudismo, el vegetarianismo...

Aunque el término de «ecología» aparece en el ámbito científico en 1866 en la obra del alemán Haeckel, la generalización de la conciencia ecológica es un fruto novedoso de los años sesenta y setenta. Los resultados de la segunda revolución tecnológica basada en el petróleo, la electricidad, las industrias químicas y el uso del automóvil, por no hablar del empleo de la energía atómica, convierten en motivo de preocupación universal el destructivo impacto del desarrollo humano sobre la bio-esfera. Las obras de Commoner, el primer informe al Club de Roma (1972) titulado «Los límites del crecimiento», alertan a la humanidad sobre la orientación biocida del complejo científico-técnico y sobre los problemas que plantea la existencia de recursos no renovables.

La convergencia de los grupos ecologistas, surgidos a fines de los años sesenta en EEUU y algo más tarde en Europa occidental, con las movilizaciones pacifistas de la fase terminal de la guerra fría, politiza el movimiento: desde fines de los setenta se consolidan partidos verdes que traducen las demandas ecológicas en términos políticos, haciendo presión sobre el sistema. Identificados con frecuencia, pero no siempre, con la izquierda libertaria, constituyen una emanación de los

nuevos movimientos alternativos. El ecologismo se despliega también, como otros movimientos-comunidad, en las distintas formas de acción colectiva: organizaciones medio-ambientales específicas que funcionan como grupos de presión, movimientos sociales, y partidos políticos.

Una corriente de teóricos, cuyos representantes más destacados serían Touraine y Offe, atribuye al conjunto de los «nuevos movimientos sociales» nucleados por el ecologismo un modo nuevo de hacer política, caracterizado por la orientación emancipatoria, el posicionamiento antipatriarcal y antiproductivista, unas estructuras organizativas no jerárquicas y descentralizadas y unos métodos de acción no convencionales al servicio de la politización de la vida cotidiana.

Pero existen profundas diferencias en el seno del movimiento ecologista. Unas son de tipo filosófico: esta primera divisoria enfrenta a los antropocentristas contra los defensores de la ecología profunda. Para los primeros el mundo natural tiene un gran valor, pues nos contiene y alimenta, lo que nos obliga a impedir los desastres ecológicos; pero este valor es el que le da el ser humano. Los segundos (grupos como «Earth First») postulan que la fuente de valor no es el ser humano, sino la biosfera, por lo que no puede ser instrumentalizada por aquél.

Respecto a los métodos a emplear, los posibilistas (en cuyo extremo figuran los eco-capitalistas) se proponen cambiar el sistema desde dentro, haciendo presión sobre el Estado real para obtener de él medidas ecológicas; mientras que los radicales reclaman cambios cualitativos que sólo se conseguirían de modo revolucionario. Las corrientes Realista y Fundamentalista derivadas de este conflicto entraron en colisión en el seno de los Verdes alemanes.

La tercera divisoria tiene que ver con el modelo de sociedad deseable: mientras que unas tendencias asumen como ámbito de su acción los agregados políticos existentes, otras dibujan la utopía de un mundo dividido en bio-regiones, unidades configuradas por ecosistemas sostenibles donde los humanos puedan vivir sin dañar su entorno. En una posición intermedia se encontrarían las corrientes eco-nacionalistas.

Estas divergencias configuran un abanico de partidos ecologistas que van de la izquierda libertaria, pasando por el ecosocialismo, al conservadurismo verde; y explican las crisis surgidas en la Coordinadora de los Verdes europeos a mediados de los años ochenta. Pero todas las tendencias coinciden en la defensa del desarrollo sostenible, una de cuyas definiciones podría ser la del informe de la ONU de 1987 preparado por la estadista noruega Gro Bruntland: «el desarrollo que resuelve las necesidades del presente sin comprometer la resolución de las necesidades de las generaciones futuras».

2.5. *El movimiento pacifista*, que no ha desbordado salvo en contadas ocasiones la forma del movimiento social, persigue la eliminación de todas las guerras, en base a la filosofía de la no violencia; si bien puede darse objetivos específicos más limitados. El pacifismo contemporáneo, desde la postguerra hasta 1986, compartió con el ecologismo la lucha contra la amenaza nuclear, que convertía en escenario posible el exterminio del género humano. Estos son, pues, los distintos motivos de movilización pacifista:

- la eliminación de toda guerra
- la detención de algunas guerras particulares (Vietnam, Irak) o de algunos conflictos políticos y/o nacionales violentos (Irlanda del Norte, País Vasco)
- la detención de aspectos particulares de las guerras (como el uso de las armas químicas o nucleares)
- el antimilitarismo, que se expresa en la objeción de conciencia, esto es, en el rechazo de la conscripción, o servicio militar obligatorio; y en la insumisión al servicio civil alternativo durante el tiempo legal de la conscripción.

La protohistoria filosófica europea de la no-violencia moderna comienza con Tolstoi, amigo epistolar de Gandhi; la protohistoria política la protagoniza hasta 1914 la oposición a la Gran Guerra de anarquistas y socialistas, vencida por la claudicación final de la II Internacional.

El movimiento antiexterminio, que tiene como fecha de nacimiento el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki en 1945, es hilvanado por los episodios de la guerra fría entre las dos grandes potencias. Al Movimiento por la Paz y el Desarme, impulsado desde 1948-1949 por un Consejo Mundial por la Paz controlado por la URSS, sucede en el Reino Unido la Campaña por el Desarme Nuclear (CND) contraria a la implantación en territorio británico a fines de los años cincuenta de misiles nucleares.

Las protestas de la década de los sesenta contra la intervención militar de EEUU en Vietnam generan la más amplia oleada de movilizaciones de la posguerra: en Norteamérica se suceden los movimientos alternativos de estudiantes e insumisos, protegidos por las comunidades «hippies». Tras la revuelta del mayo francés del 68 nace en Europa, de la conjunción de la defensa de los movimientos antiimperialistas con las luchas contra las Dictaduras y con la influencia de los movimientos alternativos, la nueva izquierda radical.

Esta fase conoce un momento álgido de 1979 a 1986, a partir de la decisión de la OTAN de desplegar armas nucleares de alcance medio, 464 misiles Cruise y 108 Pershing II, en cinco Estados de la Unión Europea, con el objeto de forzar al enemigo soviético a negociar. En 1980 se forma un fuerte movimiento paraguas en pro del Desarme Nuclear Europeo (END), que se propone hacer de este continente una zona libre de armas nucleares. El colapso del mundo comunista ha debilitado el movimiento antiexterminio.

Hoy en día, el movimiento pacifista —o más precisamente el antimilitarista— tiene una significativa expresión en los movimientos de objetores de conciencia y en algunos casos, en el de los insumisos.

2.6. *El movimiento feminista* se opone a cualquier forma patriarcal de discriminación personal, social o económica sufrida por las mujeres en razón de su sexo. Si bien adquiere su identidad actual en los años sesenta y setenta, sus orígenes se remontan a los albores de la modernidad: Mary Wollstonecraft reivindica en 1792 la extensión a la mujer de los derechos civiles y políticos proclamados por la Revolución Francesa.

El feminismo liberal cobra gran fuerza desde el siglo XIX en los Estados anglosajones. En EEUU, la Convención de Seneca Falls defiende ya en 1848 un texto alternativo de la Declaración Americana de la Independencia que incluye a las mu-

jeros en los derechos proclamados por ella. El movimiento «sufragette», comenzado en el Reino Unido en 1857, lleva a cabo a comienzos de siglo fuertes movilizaciones de masas que combinan las acciones pacíficas con las violentas. El sufragio femenino es conseguido en EEUU en 1920, en Gran Bretaña en 1928; en Francia no es obtenido hasta 1945, y aún más tarde en Suiza.

Las doctrinas socialistas proporcionan un segundo eje argumental al feminismo. Los socialistas utópicos atacan la institución del matrimonio, ensalzan la libertad sexual y promueven la igualdad de la mujer. Para el marxismo clásico la emancipación de la mujer será una consecuencia añadida del triunfo del socialismo. Engels relaciona la opresión femenina y su subordinación familiar con la lógica del capitalismo y de la propiedad privada; pero asume cierta división natural del trabajo entre varón y hembra.

La sociedad post-industrial incorpora desde los años sesenta a la mujer a mercados laborales cualificados reservados hasta entonces a los hombres; nuevas leyes sobre el aborto y el control de natalidad le permiten una mayor libertad, y modifican la percepción social de estos temas. Por otra parte, muchas mujeres que habían participado en las campañas pro-derechos civiles y contra la guerra de Vietnam desplazan su atención hacia la problemática feminista, tras constatar las actitudes sexistas de sus compañeros masculinos.

Algunas obras pioneras perfilan el nuevo feminismo, que oscilará entre el movimiento social y el grupo de reflexión. S. de Beauvoir argumenta en «El segundo sexo» que las mujeres han sido esclavizadas a causa de su cuerpo: el acceso al aborto, el control de natalidad y la disolución de la monogamia les igualarán con los hombres. B. Friedan denuncia en «la mística femenina» la exaltación hecha por la sociedad patriarcal del papel doméstico de la mujer a fin de perpetuar su subordinación. Para el nuevo feminismo, sólo es biológico el sexo; el género es un artefacto construido socialmente que asegura la dominación masculina. El patriarcado, estructura de dominación que proyecta la separación entre lo público, masculino, y lo privado, femenino, no se debe sólo a cuestiones económicas, variables históricamente, sino a causas universales inherentes a la naturaleza masculina. En los años setenta, feministas radicales como S. Firestone definen la opresión sexual como una nueva opresión de clase, y defienden la androginia como igualación radical de sexos mediante la abolición de la familia conyugal y la liberación de la contribución masculina al embarazo a través de la fertilización artificial.

A este feminismo de la igualdad da respuesta en los años ochenta y noventa el feminismo de la diferencia. Una corriente considera indeseable la igualación con la naturaleza masculina, propensa al sexismo y la destructividad y potencialmente violadora; y defiende la confraternización femenina y la separación respecto de los hombres. La corriente del «pensamiento maternal» exalta la superioridad moral de las mujeres, su espíritu nutricio y altruísta consecuencia de haber sido educadas para la crianza de los hijos y el cuidado de las personas; el eco-feminismo sería una derivación de este pensamiento. El feminismo francés de la deconstrucción desvela la dominación falocéntrica que se oculta en el lenguaje controlado por los hombres.

El feminismo reclama en su dimensión política la impulsión de aquellas medidas que fomenten la independencia económica y la participación política de las

mujeres, y garanticen la ausencia de discriminación en su status educativo y profesional. Reivindica el derecho al aborto, el principio de salario igual a trabajo igual, y, dado que son las mujeres quienes suelen realizar esta actividad familiar, la cobertura social del cuidado a los niños y de la atención a los ancianos y enfermos.

La reemergencia de la Nueva Derecha en los años ochenta y noventa ha puesto en entredicho estas conquistas al reafirmar los valores morales patriarcales; a su calor han nacido, entre otros, movimientos «pro-vida» —no todos los movimientos sociales tienen carácter emancipatorio— que cuestionan el derecho al aborto.

2.7. A partir de los años ochenta surgen una nueva oleada de movimientos sociales que han sido denominados como «novísimos» movimientos sociales. Son las Organizaciones No Gubernamentales (ONG's). Grupos que se organizan para mostrar su solidaridad y defender a diversos colectivos. Desde los pueblos subdesarrollados del tercer mundo a grupos marginales de las sociedades occidentales (drogadictos, ancianos, discapacitados, etc.) pasando por los emigrantes. Se verá en qué medida estas ONG's son movimientos sociales, pero por el momento sí deben incluirlas en esta categoría.

2.8. Finalmente, se ha de mencionar al surgimiento muy reciente de los movimientos sociales «antiglobalización». El «movimiento de movimientos» a favor de una globalización alternativa a la realmente existente, muy reciente, está configurando un sujeto plural impulsor a escala global de un mundo más humano y solidario. El tipo de globalización económica a que se opone el movimiento presenta actualmente rasgos novedosos. Las innovaciones tecno-científico-técnicas en materia de transportes, telecomunicaciones, han producido una enorme extensión de los mercados globales, en los que las multinacionales han acumulado un enorme poder. Pero el proceso es selectivo y excluyente; las casas-madre de las transnacionales se encuentran en EEUU (48%), Unión Europea (35%), y Japón (10%).

La generalización del modelo macroeconómico neoliberal es fruto de este proceso. Diferentes organizaciones internacionales vigilan su cumplimiento: el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, vigilante de los ajustes estructurales, la Organización Mundial del Comercio (OMC), el grupo de Estados G7+1 (las siete potencias occidentales más Rusia)... En el Sur, los «ajustes estructurales» exigidos por el FMI y del BM producen crisis ecológicas, sociales y agrícolas, graves turbulencias financieras. En el Norte crece la extensión del paro, la precariedad y la reducción de los gastos sociales.

Este estado de cosas ha provocado una protesta global, de la que el levantamiento neozapatista en Chiapas de enero de 1994 constituyó el aldabonazo que anunciaba la nueva conciencia. El movimiento accede a su madurez en Seattle en noviembre de 1999, movilizándose contra la «Ronda del Milenio» organizada por la OMC. Los movimientos se organizan por «grupos de afinidad»; se montan talleres de desobediencia civil; la «nube de mosquitos» emprende desde entonces una estrategia exitosa contra las «cumbres» de los grandes.

El paso de la resistencia a la formulación de alternativas cristaliza en enero de 2001 en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, el cual defiende la consigna

«Otro mundo es posible», pronunciándose a favor de una globalización solidaria que respete los derechos humanos universales. No existen cúpulas decisorias, ni se presentan resoluciones políticas a votación; el movimiento aspira a ser un espacio de deliberación e intercambio de opiniones. La diversidad se refleja en los distintos análisis sobre las instituciones internacionales (¿reforma, o abolición?); sobre el controvertido papel de los Estados; sobre la relación entre el movimiento y los partidos de izquierda... Pero se comparten propuestas concretas: la tasa Tobin, impuesto sobre las transacciones especulativas de un país a otro; la eliminación de los paraísos bancarios y fiscales, refugio de las empresas ligadas al tráfico de armas, de drogas, de trata de blancas; la anulación de la deuda externa de los países empobrecidos del Tercer Mundo; el rechazo de las instituciones financieras y comerciales internacionales en su forma actual; la defensa de la soberanía alimentaria, consistente en el derecho de los pueblos a la alimentación de toda la población y a definir esta política en el respeto de sus culturas y modos específicos.

El auge de las tendencias militaristas y marginadoras de los derechos humanos en EEUU y en el mundo en la estela de los sucesos del 11-S constituye un reto para el «movimiento de movimientos», que se convierte en objeto de sospecha para gobiernos y medios por su potencial perturbador de las «cumbres».

El Manifiesto aprobado por el II Foro Mundial de Porto Alegre a principios del 2002 es una respuesta a este reto. Afirma que tras los sucesos del 11-S, «totalmente condenables», EEUU y sus aliados han vulnerado derechos civiles y políticos en todo el mundo en nombre de la «guerra contra el terrorismo», exacerbando el racismo y la xenofobia y dividiendo al mundo en «buenos» y «malos».

Tras reivindicar su diversidad («somos mujeres y hombres, campesinos, pescadores, pobladores de la ciudad, desempleados, estudiantes, profesionales, inmigrantes, todas las creencias, colores y orientaciones sexuales»), a la que define como su fuerza y su unidad, el Manifiesto denuncia el drama cotidiano de los millones de muertes por hambre y de las familias que deben abandonar sus hogares por las guerras, los modelos de desarrollo modernizadores, la pérdida de tierras agrícolas...; condena los despidos masivos y cierres de empresas

CUADRO N.º 1

Distintas «familias» de movimientos sociales

Objetivos	«Viejos»	Nuevos	Novísimos	Antiglobalización
	M. Obrero: intereses y emancipación de la clase trabajadora. M. nacionalistas: identidad y autogobierno nacional.	M. ecologista M. feminista M. pacifista M. libertad orientación sexual (M. derechos civiles)	Solidaridad y cooperación internacional Antirracismo Apoyo grupos marginales	Confluencia diversos movimientos, contra efectos «negativos» globalización económica, política y cultural.
Surgimiento	Inicio del siglo XIX	Década de los sesenta (siglo XX)	Década de los ochenta (siglo XX)	Finales década de los noventa (siglo XX)

FUENTE: Elaboración propia.

llevadas a cabo por las transnacionales, la deuda externa de los países del Sur, «injusta y fraudulenta», la ilegitimidad de la OMC, el militarismo y la proliferación de las guerras de baja intensidad; reivindica la soberanía alimentaria de los pueblos...

El Manifiesto de Porto Alegre define las culturas e identidades de los pueblos como «patrimonio de la humanidad para las generaciones presentes y futuras», al igual que sus aguas, tierras y bosques; y defiende la autodeterminación de los pueblos. «Privilegiamos el diálogo, la negociación y la resolución no violenta de los conflictos», dice el Manifiesto.

III. UNA SEGUNDA DELIMITACIÓN

Tal como se indicó en la introducción y de acuerdo con la identificación con el concepto de movimiento social de los movimientos sociales descritos, deben excluirse del mismo a un amplio conjunto de organizaciones o agrupaciones sociales como las señaladas asociaciones recreativas, deportivas un gran número de las culturales o religiosas, etc. Sin embargo, una delimitación que todavía sólo haga referencia a los objetivos de transformación colectiva social y política puede incluir bajo ella a significativas formas de acción colectiva que, por otro lado, y de forma habitual, no son consideradas como movimientos sociales. Efectivamente los partidos políticos también se organizan en y desde la sociedad y pretenden modificar intereses, necesidades y derechos sociales. Y los grupos de interés, sin duda, buscan la satisfacción precisamente de los intereses de los miembros del grupo que, son considerados por sus demandantes como fundamentales. Resulta muy difícil poder asumir que un partido político nacional y una agrupación de empresarios que busca protección a sus intereses económicos sean movimientos sociales. Pero, si sólo se opera con el criterio delimitador de los objetivos, formalmente deben ser considerados como tales.

En consecuencia, debe ahora establecerse un nuevo proceso de delimitación y definición de los movimientos sociales² teniendo en cuenta precisamente sus diferencias con las otras dos grandes formas de acción colectiva: los partidos políticos y los grupos de interés.

Para hacerlo no parece necesario recordar que es un partido político, pero quizás sí convenga hacer una pequeña descripción de qué es un grupo de interés. Adecuado y también necesario, porque, por ejemplo, desde un perspectiva muy amplia se pueden considerar a los movimientos sociales como una parte de los grupos de interés (ver en este sentido y en este mismo manual, Jordana, 2006). Así podríamos definir un grupo de interés como una forma de acción colectiva que

² Es el momento de reseñar algunas obras referidas tanto al concepto como al análisis de conjunto de los movimiento sociales. Destacaremos sobre todo las obras en castellano. CASQUETTE (*op. cit.*), DALTON, y KUECHLER (1992), DELLA PORTA Y DIANI (1999), DIANI (1992), IBARRA (2005b), IBARRA y TEJERINA (1998), KRIESI (1992), LARAÑA (1999), LARAÑA y GUSFIELD (1994), MARDONES (1996), MC ADAM, TARROW y TILLY (2005), MC ADAM, MC CARTHY y ZALD (1999), MELUCCI (1996), MEYER y TARROW (1998), NEVEU (2000), OFFE (*op. cit.*), RIECHMANN y FERNÁNDEZ BUEY (*op. cit.*), SZTOMPRA (1995) TILLY (1978, 2004).

agrupa a un conjunto de personas, que, organizándose formalmente (y habitualmente con estructura jerárquica), presionan, con medios convencionales, al poder político para obtener determinados beneficios para los miembros del grupo.

Las diferencias conceptuales de los movimientos sociales con otras formas de acción colectiva y especialmente con los grupos de interés justifican un tratamiento particularizado de estos grupos/movimientos sociales. Efectivamente, en esta línea, hay que decir que los estudios sobre movimientos sociales se han conformado como una disciplina científica *autónoma*, sobre todo a partir de la década de los sesenta. Ciertamente hay que reconocer que el marco analítico dominante en Estados Unidos, el conocido como la *resource mobilization theory* (Mc Carthy & Zald, 1987), al destacar las dimensiones organizativas de los movimientos —el cómo intentan captar y organizar recursos para defender y obtener sus concretos intereses— es similar al utilizado respecto a los grupos de interés entendidos de forma genérica³. Sin embargo, la «escuela» europea de los *nuevos movimientos sociales* (Habermas 1987, Touraine 1984, Offe 1988, Melucci 1988, Dalton & Kuechler, 1992) ha insistido más en el porqué, en las originales y distintas causas por las que nacen los movimientos y en también diferentes formas de plantear —y vivir— sus demandas. Hoy en día han afianzado su predominio las tendencias analíticas más integradoras, —y al mismo tiempo autónomas— en las que se consideran ambos aspectos (los recursos / los intereses por un lado, las causas / las identidades por otro) de los movimientos. Esta tendencia sincrética ha tenido sus principales valedores en un grupo de académicos de ambos lados del Atlántico, que impulsaron a finales de los ochenta este acercamiento confluyente a través de la revista anual *International social movements research* y más recientemente con la revista *Mobilization*⁴.

Describiremos en consecuencia los rasgos diferenciadores —y también las semejanzas pertinentes— entre los movimientos sociales y otras organizaciones o movimientos; con sus «parientes» más lejanos —los partidos políticos— y con los más cercanos; con los grupos de interés entendidos ahora en sentido estricto. A continuación veremos como la originalidad de los movimientos nace y se sustenta a partir de un específico sistema motivacional y unos determinados contextos culturales y políticos. Y finalmente trataremos de esbozar una definición más concluyente de los movimientos sociales.

³ En todo caso, señalar que no todos los autores norteamericanos han optado por esta línea; así alguno de sus analistas más prominentes (TILLY 1978, MC ADAM 1982, GAMSON 1992) optaron siempre por una línea más identitaria, menos funcional.

⁴ Para estas posiciones integradoras en la actualidad, ver MC ADAM, TARROW y TILLY 1995, 2005b, MC ADAM, MC CARTHY y ZALD 1999, TARROW 1997, KLANDERMANS 1997, DELLA PORTA y DIANI 1999. Y para una visión de cómo han evolucionado los enfoques analíticos sobre los movimientos sociales ver NEIDHART y RUCHT 1991, IBARRA 1996, 2005b y CASQUETTE 1998.

1. DIFERENCIAS ENTRE PARTIDOS POLÍTICOS, MOVIMIENTOS SOCIALES Y GRUPOS DE INTERÉS

CUADRO N.º 2

Partidos, grupos de interés y movimientos sociales

Las diferencias, que luego se comentarán, aparecen sintetizadas en el cuadro que sigue:

	<i>Partidos</i>	<i>Grupos Interés</i>	<i>Movimientos Sociales</i>
1. Orientación hacia el poder político	Ejercerlo	Presionarlo	Cambiarlo
2. Relaciones con los partidos e instituciones políticas	—	Complementaria	Conflictiva
3. Organización	Jerárquica formalizada	Formalizada	(Plasticidad) Horizontal, Informal Red comunitaria
4. Intereses/grupos representados	Indeterminados; determinables	Determinados —	Indeterminados. Indeterminables.
5. Medios de acción	Electorales	Convencionales	(Plasticidad). No convencionales
6. Tipo de acción colectiva	Agregar Intereses generales	Agregar Intereses sectoriales	Intereses. Junto con Identidad colectiva
7. Estrategia	Competencia	Cooperación	Conflicto
8. Objetivos Finales	Sistémicos	Asistémicos	Antisistémico (potencialmente al menos)

A) *Orientaciones y relaciones con el poder político*

En primer lugar los movimientos sociales no son ajenos al poder político. Es más, cuando nace un movimiento social es casi sólo una voluntad colectiva dirigida hacia el poder político. No la voluntad de tomar el poder; pero sí de que éste se ejerza a favor del movimiento social y de las gentes, de los grupos de personas, a los que dice representar. Sin duda esa dimensión pública del movimiento, su focalización hacia lo político, no absorbe ni configura todo lo que es un movimiento. Un movimiento también es un proceso de construcción de una identidad colectiva, un deseo y práctica social de ver, estar y comportarse colectivamente de forma distinta, en el mundo. Pero un movimiento no nace para experimentar identidades colectivas. Nace porque pretende que se resuelvan concretos problemas colectivos

mediante la aplicación de concretas medidas políticas. Y en ese nacer y posterior desarrollo afirma su diferencia identitaria. Así se puede afirmar que en el origen el movimiento se siente fuera, al margen o en contra, de las decisiones del poder político y exige —el acto colectivo de voluntad— que sus demandas sean favorablemente respondidas por ese poder político.

Se dice que un movimiento social puede plantear un conflicto político o uno de orden cultural. Sin embargo la distinción no es demasiado relevante desde la perspectiva del poder. Se demanden cambios en seguro de desempleo, medias protectoras frente a la contaminación fluvial, o modificación de los códigos culturales dominantes (reconocimiento o apoyo de otros valores o actitudes defendidas por el movimiento), en última instancia lo que se pretende es que quien detenta el poder cambie sus normas o procesos de dominación. Se pretende estar incluidos, reconocidos y satisfactoriamente respondidos en las decisiones del poder, a través de la correspondiente presión y movilización.

Un partido político tiene vocación de ejercer *el* poder político. Un movimiento social demanda *al* poder político que establezca determinados cambios en la sociedad. Uno —el partido— esta orientado a ejercer el poder. El otro —el movimiento— a cambiar el cómo y lo que se ejerce desde el poder. Sin embargo, los movimientos sociales no son movimientos ajenos al mundo cruzado y conformado por el poder político. Parten de la constatación de que el poder les es ajeno u hostil. Pero no pretenden que el poder desaparezca o vivir ellos al margen del poder. Pretenden que el poder político realmente existente, cambie y actúe a favor de sus demandas.

B) *Partidos y democracia*

Así como el rechazo a ejercer el poder político por parte de los movimientos, no debe interpretarse como un posicionamiento abolicionista, o así como la crítica de los movimientos a los partidos políticos tampoco nos permite, como se verá, admitir en los primeros una desconfianza consustancial y eterna respecto a los segundos, tampoco en este caso la propuesta y práctica de democracia más horizontal, más asamblearia, en el seno de los movimientos sociales supone que éstos tengan una cosmovisión y correspondiente estrategia operativa sobre la democracia en general, que pretenda establecer un sistema nacional de democracia participativa⁵.

Muchos de los movimientos sociales existentes no están de acuerdo en cómo se toman las decisiones en el sistema político y social. Consideran que hay poca participación, demasiado elitismo y demasiado desprecio a la soberanía de todos y cada uno de los individuos que viven en sociedad; intentan compensar su desacuerdo, autoorganizándose de forma alternativa, pero eso no les lleva a plantear conflictos abiertos en favor del establecimiento de un sistema democrático diferente. Los movimientos sociales, no surgen para cambiar el sistema político, sino con una —al menos en origen— pretensión más limitada. Tratan de movilizarse para

⁵ TILLY (1993) BARCENA & IBARRA & ZUBIAGA (1998) IBARRA (2002) señalan cómo los movimientos sociales en la práctica han ensanchado distintos espacios decisorios. Sin embargo ello no implica un consciente proyecto general de transformación democrática.

resolver lo que ellos consideran un agravio social colectivo, y eso sí, tratan de hacerlo de forma distinta.

En su origen, y normalmente en su desarrollo, los movimientos presentan una actitud de desconfianza respecto a los partidos políticos. Su posición, sobre todo en la primera etapa del movimiento es crítica frente a los partidos, en cuanto consideran que los mismos no están asumiendo la representación —y eventuales soluciones— a los agravios colectivos por los que surge el movimiento. Sin embargo tal crítica no es incondicional. Los movimientos sociales nacen con pretensiones alternativas a los partidos y en cierto modo —más implícitamente— también regeneracionistas respecto a los mismos. Por un lado quieren —y ponen los medios al efecto— comportarse de forma distinta. Reivindicar temas olvidados por los partidos, organizarse participativamente, utilizar medios de acción no convencionales. Pero por otro lado no descartan que también los partidos puedan hacer una adecuada labor política. No es, en el momento de constituirse el movimiento, el modelo a seguir porque se les percibe desviados, corruptos, alejados. En su nacimiento a los movimientos sociales les preocupa mantener tanto la pureza como la diferencia de sus intenciones colectivas⁶. Pero, tampoco descartan que debidamente regenerado, otro modelo de acción colectiva (y además, un útil modelo) sea el partido político.

Los movimientos sociales (salvo excepciones) no nacen negando que deban de existir partidos políticos que accedan al poder político y lo conformen. Lo que critican es cómo los partidos e instituciones articulan demandas y ejercen el poder; su quehacer burocrático, sin tener en cuenta las auténticas —«sus auténticas»— reivindicaciones y necesidades sociales. Por ello los movimientos sociales pretenden potenciar su protagonismo en y desde la sociedad porque creen que es la mejor forma de lograr sus objetivos. Pero ello no implica que quieran sustituir a los partidos; y creen que pueden servirles de testimonio, de espejo en el que mirarse en su deseable regeneración.

Esta ambivalente relación entre movimientos y partidos posibilita colaboraciones y adhesiones, impulso desde el movimiento de partidos instrumentales y aun estricta integración en partidos preexistentes. La práctica cotidiana de los movimientos, su necesidad de obtener apoyos y alianzas, y el frecuente debilitamiento de los muros protectores de su identidad colectiva, de su «nosotros» diferenciado, le lleva en ocasiones a procesos de convergencia (colaboración, complementación, fundación, integración) en y con partidos políticos.

Veremos ahora las tensiones y conflictos *internos* en los que se ve inmerso el movimiento social como consecuencia de sus relaciones con el poder político. Un movimiento social mantiene una relación ambivalente con el poder. Sabe que tiene que exigirle, que demandarle, pero al mismo tiempo sabe que discutir, y eventualmente negociar con él, supone parecerse a él, aceptar sus reglas de juego, su lógica en los procedimientos de toma de decisiones. Y ese acercamiento, esa eventual integración en su espacio de juego, puede desvirtuar tanto sus estrategias de movilización, como la autonomía y el «cuidado» de su identidad colecti-

⁶ Como señala ALBERONI (1981, pp. 64 ss.) los individuos que inician un movimiento social se sienten fascinados por su «conversión», por su visión limpia, clara y distinta del mundo.

va. Por eso los movimientos sociales están dispuestos a presionar —a comprometerse al máximo— en las etapas de la demanda; en todo aquello que sea necesario para que el poder político *tenga en cuenta* las pretensiones, las demandas del movimiento. Pero tendrá muy serios celos para participar en los procedimientos y escenarios decisivos políticos, porque no querrá sentirse copartícipe de las decisiones.

Los grupos de interés presentan un comportamiento más sencillo. A los grupos de interés lo que les preocupa es que el poder político tome decisiones acordes a los intereses que ellos representan. Y para ello están dispuestos a situarse en el mejor espacio posible para obtener una adecuada respuesta a sus intereses. Un grupo de interés presionará al máximo en la fase de canalización de sus demandas. Pero si puede —si le dejan— tratará de estar presente en la decisión. A un grupo de interés no le genera ningún problema el ser identificado con el poder político. No tiene una visión alternativa (ni siquiera crítica) sobre lo político. Su problema es cómo conseguir la concreta materialización de concretos intereses de sus concretos y muy definidos representados. Y si en ese objetivo acaban tomando decisiones conjuntas con el poder político, ello no es asunto que les genere disensiones o crisis internas. Todo lo contrario. Será para ellos motivo de auténtica satisfacción.

C) *Organización / Acción; la identidad colectiva*

En los partidos existe una estructura organizativa que, al margen de sus orígenes y renovación democrática, funciona de forma vertical. En un partido no todo el mundo puede tomar todas las decisiones y por supuesto no todo el mundo participa por igual en los distintos procesos de decisión.

Por el contrario, en un movimiento social, las tendencias organizativas dominantes son diferentes. Predomina la horizontalidad en la toma de decisiones. Se supone que todo el mundo debe o al menos puede decidir sobre todo, y los derechos y deberes de los participantes no suelen estar regulados. Prima la buena fe sobre la eficacia y la informalidad. La plasticidad organizativa es la regla, nunca la excepción. Las diferencias organizativas con los grupos de interés también son manifiestas. El grupo de interés tan solo pretende ser eficaz en la exigencia de sus demandas, para lo que establecerá una organización formal y preferiblemente vertical... Para el movimiento, *la cuestión organizativa no solo es un medio sino un fin en sí mismo*. Su propuesta, fundamentada en la participación, pudiera ser discutible desde el paradigma de la eficacia. Pero les resulta imprescindible desde la necesidad de vivir y moverse en la sociedad, como un grupo que de alguna forma se afirma diferente.

La afirmación anterior señala uno de los rasgos característicos de los movimientos sociales. Los mismos presentan una *identidad colectiva* que les diferencia de partidos políticos y grupos de interés. Un movimiento social es como se indicó —también— un proceso de construcción de una identidad colectiva. Un deseo, una afirmación y una práctica social, de ver, interpretar, estar, y comportarse colectivamente de forma diferenciada, en el mundo. Los miembros de un movimiento social tienden a ver la realidad, y, en muchos casos, a vivirla cotidianamente, a tra-

vés del prisma que les otorga su pertenencia al movimiento social en general, y en particular a la identidad colectiva construida por el mismo.

En los grupos de interés tal búsqueda de identidad colectiva prácticamente no existe y por lo que se refiere a los partidos políticos es incuestionable que algunos de ellos —especialmente los partidos comunistas, socialdemócratas y nacionalistas— conformaron también estas identidades colectivas. Hoy resulta muy dudosa la persistencia de la misma.

D) *El movimiento / red de medios de acción*

Normalmente un movimiento social es un movimiento amplio, una familia / red de movimientos (Della Porta/Rucht, 1995). Y hasta en ocasiones se vive como un movimiento / comunidad. Desde esta perspectiva, el movimiento *viene definido por los lazos* que unen —y al mismo tiempo comparten— un conjunto de individuos, grupos, movimientos locales o limitados a una sola reivindicación (¡y aun partidos políticos ligados —por razones instrumentales— a la red!). Los que participan en esa comunidad / movimiento tienden más a identificarse con la cultura, con los objetivos generales de la red del conjunto del movimiento, que con el concreto grupo del movimiento en el que desarrollan habitualmente su activismo.

También son concluyentes las divergencias en los *medios de acción*. Lo característico de los grupos de interés es el uso de medios convencionales (escritos, reuniones con Autoridades, etc.) y por el contrario los movimientos priorizan las acciones no —o menos— convencionales (manifestaciones, encierros, etc.).

E) *Intereses representados*

Una diferencia entre partidos y movimientos que no exige demasiadas explicaciones, es la que describe *cómo* se representan los intereses de uno y otro. El partido canaliza electoralmente los intereses, y el movimiento lo hace, como acabamos de señalar, con medios no convencionales —huelgas, manifestaciones, eventualmente acciones violentas, etc. — y en ningún caso por medio de la vía electoral.

Algo más complejo resulta delimitar que intereses —cualitativa y cuantitativamente— representan unos y otros. En principio parecería que los modernos partidos políticos, pretenden representar intereses muy genéricos, indeterminados; pretenden armonizar, todo tipo de intereses (individuales, colectivos y también de determinados colectivos) de toda la población. Por el contrario, los movimientos sociales representarían limitados intereses de concretos grupos sociales. Sin embargo también se produce en los movimientos sociales un proceso de indeterminación, de universalización de intereses. Así, un movimiento ecologista que va más allá de resolver su conflicto medioambiental local, tiende a atribuirse con sus demandas (el calentamiento de la tierra, por ejemplo) la defensa de la humanidad entera.

En su relación con los grupos de interés debe señalarse que en los movimientos sociales existe un proceso de autoarrogamiento en la representación de intereses colectivos, mientras que en los grupos de interés este proceso de representación sigue ciertas reglas formales. Un movimiento ecologista, por ejemplo, *decide* que él representa los intereses medioambientales de una determinada comunidad, al margen de cómo, cuándo y por quién hayan sido expresados dichos intereses. Y un sindicato de pilotos de aviones solo decide lo que sus afiliados *expresamente han decidido* que decida.

Por otro lado los supuestos beneficiarios de la acción pública de un movimiento son en principio bastante indeterminados. Los vecinos, los jóvenes, las mujeres, los trabajadores, los marginados sociales. Al mismo tiempo y como vimos al compararlos con los partidos políticos, en los movimientos puede aparecer un segundo beneficiario: la humanidad entera. Indeterminación y eventual globalización no aparecen en los grupos de interés, donde los beneficiarios son una concreta, identificable y limitada categoría de individuos.

F) *La estrategia conflictiva*

Lo característico de los movimientos sociales es la utilización de medios no convencionales. El repertorio de estos medios ha ido variando a lo largo de la historia pero lo que es evidente es que al margen de su mayor o menor legalidad, los medios de acción *prioritarios* empleados por los movimientos sociales expresan una cierta desconfianza respecto a los canales reivindicativos más «normalizados». A los movimientos sociales les preocupa la legitimidad de sus acciones. No les importa que el poder político, su receptor, las considere poco cooperativas, poco «correctas», excesivamente conflictivas. Lo que les interesa es si las mismas son vistas como legítimas por la sociedad, si esta las comprende, acepta y eventualmente apoya.

Este carácter conflictivo de los medios empleados, da paso a una afirmación, que quizás se haya dado por supuesta, pero que en cualquier caso conviene explicitar. Si un grupo de interés se mueve en el terreno de la *cooperación* y un partido *compite* por el poder, la estrategia central de un movimiento social es la del *conflicto*. Un conflicto identitario y desde luego un conflicto con el poder político. Porque frecuentemente no se le permite cooperar y porque casi siempre, y en cualquier caso, cree que logrará antes y mejor sus objetivos con la opción conflictiva que con la cooperativa.

G) *El horizonte antisistémico*

Se afirma que lo que define a los movimientos sociales es que los conflictos que plantean son inabsorbibles por el Sistema (específicamente por el sistema político). O dicho de otra forma que lo que pretenden los movimientos sociales es romper los límites del sistema. Esta pretensión sin duda les diferencia de los otros actores colectivos. Un grupo de interés nunca planteará una reivindicación antisistémica. Es más, está más allá de su razón de ser el sentirse preocupado por el man-

tenimiento del sistema, aspecto que, salvo excepciones, si les preocupa a los partidos políticos. La asignación rupturista a los movimientos sociales es, sin embargo, algo dudosa por que no es obvio que este sea un rasgo expresa y sistemáticamente asumido y defendido siempre por los mismos

Todos los movimientos sociales (desde el obrero al de los derechos humanos, pasando por el ecologista) analizados en su ciclo total, en su evolución completa, presentan en la fase, normalmente de formación y despliegue del movimiento/comunidad (del movimiento *en red*) síntomas de alternatividad antisistémica. Proclaman que sus propuestas sirven para la solución global de todos problemas de la convivencia humana y exigen que el sistema rompa sus reglas de juego para atender a sus reivindicaciones. Síntomas alternativos. Y síntomas de que el movimiento esta en un momento de intensa construcción y afirmación de su identidad colectiva.

Pero no siempre todo ciclo vital de un movimiento esta caracterizada por la expresión de esos síntomas. Se puede decir que lo habitual es que en su fase constitutiva y ascendente todos los movimientos tiendan a presentarse con los rasgos alternativos, antisistémicos. Y en fases posteriores, de estabilidad o declive, estos rasgos se van debilitando, convirtiéndose el movimiento en un grupo más convencional tanto desde la perspectiva organizativa como desde la cultural. En consecuencia se puede afirmar que no hay distintos movimientos sociales. Unos nuevos y otros viejos. Sino que todos los movimientos sociales, dependiendo de la coyuntura, pueden ser —y suelen ser— viejos (convencionales) o nuevos (alternativos).

IV. UNA TERCERA DELIMITACIÓN

Como se apuntaba hay un conjunto de formas de acción colectiva —las Organizaciones No Gubernamentales (ONG's)— que pueden también considerarse movimientos sociales. Establecer las diferencias y semejanzas con estas organizaciones «hermanas» de los movimientos sociales, puede ayudar a dar una definición más adecuada de los mismos. Una definición que, en la medida que de alguna forma incluya esas otras formas de organización, tendrá, un carácter dinámico y flexible.

1. MOVIMIENTOS SOCIALES Y ONG'S. UN CUADRO GENERAL

Las ONG's no son grupos de interés en el sentido estricto del término. Lo son en cuanto a sus formas organizativas y de acción. Pero no lo son en un aspecto sustancial. En los intereses que representan y defienden. Una ONG, un grupo que quiere cooperar para el desarrollo de una comunidad agrícola desfavorecida en un país del tercer mundo, o un grupo que lucha contra las vejaciones racistas que sufren los emigrantes, no actúa para beneficio de sus socios o adheridos. Pretende representar los intereses, quebrar los agravios, de individuos y grupos que no están en la ONG. Sus objetivos son en este aspecto públicos, situados más allá de los privados intereses de sus componentes. Por eso también se puede denominar a las ONG's como grupos de interés publico (Jordan y otros 1996):

Es desde esta nueva división y perspectiva como se compara ahora por un lado a los movimientos sociales en general y por otro a las ONG's en general.

CUADRO N.º 3

Movimientos sociales y ONG's

	MOVIMIENTOS SOCIALES	ONGs/Grupos de Interés Público
CARÁCTER DEL BIEN CONSTRUIDO	El bien construido es común/ solidario por como se exige y por como se propone su disfrute	<i>El bien construido es común/solidario por como se exige y por como se propone su disfrute</i>
INTERESES	Indeterminados	<i>Indeterminados</i>
REPRESENTADOS	Miembros del grupo y otros Tendencia hacia una mayor indeterminación y globalidad	<i>Otros Tendencia hacia una mayor determinación y sectorialización</i>
IDENTIDAD COLECTIVA	Fuerte; con tendencias exclusivas y totalizadoras; más expresiva Militantes	Menos densa; con tendencia a ser compartida con otras identidades; menos expresiva. Voluntarios
<i>Referentes</i> CULTURALES	Ideologías/discursos alternativos (o sedimentos ideológicos...)	Ideologías/discursos inexistentes, pero conjunto de <i>creencias críticas acerca de la sociedad</i>
ENEMIGO	Definido y visible	Difuso
ORGANIZACIÓN	Informal Redes/familia Horizontalidad Participación	Formal Tendencias hacia la <i>Horizontalidad y Participación</i>
MEDIOS	No-convencionales	Convencionales
ESTRATEGIA DOMINANTE	Conflicto	Cooperación (conflicto <i>no</i> excluido en principio)
POSICIONAMIENTO ANTE EL SISTEMA	Cambiar las estructuras que generan la injusticia	Cambiar la coyuntura; paliar los efectos producidos por la injusticia

FUENTE: Elaboración propia.

2. EXPLICACIÓN DE LAS DIFERENCIAS Y SEMEJANZAS

No se van a describir en profundidad todas estas diferencias en la medida en que algunas pueden ser deducidas directamente del cuadro. Sin embargo, sería útil hacer alguna precisión. Las ONG's muestran ciertos rasgos similares a los de los grupos de interés, pero también comparten (*las características que aparecen en cursiva*) ciertas características con lo que hemos definido al conjunto de los movimientos sociales. Por otro lado en algunas de las categorías, las diferencias no son taxativas sino sólo de intensidad. Así, examinando las variables, vemos que:

— Respecto al concepto de *bien que es construido y a los intereses representados*, prevalecen las similitudes sobre las diferencias. Las ONG's también defienden que solamente desde la práctica de la solidaridad es posible demandar el bien colectivo, y extienden esta definición de la solidaridad a la forma en que el *bien buscado debe ser disfrutado*; el desarrollo económico de los desfavorecidos, la paz, etc. son bienes para la comunidad, que no pueden ser divididos ni distribuidos.

— Lo mismo vale para los *intereses representados*; independientemente de si el proceso de evolución tiende hacia una mayor determinación y sectorialización, es evidente que no constituyen la agregación de concretos y delimitados intereses de los miembros del movimiento, a la manera en que aparecen en los grupos de interés.

— La distancia se incrementa en las otras categorías. Estos movimientos son tan sólo «formalmente» comunitarios, siendo su *identidad* débil y compartida con otras identidades colectivas o individuales. Como resultado de ello, no son movimientos con una excesiva vocación comunitaria; aceptan como algo natural la diversificación y atomización de la sociedad actual y no persiguen el recrear un mundo a imagen y semejanza de su identidad colectiva y su comunidad.

— En las cuatro categorías siguientes, las similitudes y diferencias están mezcladas. Los movimientos por la solidaridad mantienen algunas —aunque muy genéricas— convicciones críticas; no se *organizan* en forma jerárquica (para ellos la participación es una opción racional) pero tienden a elegir *medios* convencionales y su estrategia básica es la de *cooperación*.

— Finalmente hay que recordar algo que ha sido ya referido en el lugar adecuado: estos movimientos no son *antisistema*. No sería adecuado afirmar que son conservadores, pero sus reivindicaciones y sus prácticas, en principio, no cuestionan las estructuras básicas del sistema.

V. EL SURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS

También puede resultar útil para llegar a una descripción de los movimientos sociales considerar *qué es lo que los movimientos tratan de suplir*. Qué carencias, qué negaciones, hacen surgir un movimiento social.

1. LAS TRES CARENCIAS

Un movimiento social es una forma de acción colectiva. Y la existencia de una acción colectiva implica la *preexistencia de un conflicto*, de una tensión que esa acción colectiva trata de resolver haciéndolo visible, dándole dimensiones públicas. Sin embargo no cualquier conflicto desemboca en una acción colectiva que toma la forma de un movimiento social.

A) *Estructurales*

Un movimiento social surge porque existen tensiones estructurales (las estructuras del trabajo, urbanas, de género, medioambientales, de relaciones Norte/Sur, etc.), que generan vulneración de intereses muy concretos, muy visibles, muy sentidos; muy vividos. Así pues, surge por *carencias o fracturas estructurales*, que dicho sea de paso siempre existirán.

Desborda por completo los límites de este texto el relacionar todas aquellas fracturas y tensiones estructurales, de cuya toma de conciencia han surgido los movimientos sociales. Sólo se hará un sucinto apunte sobre el tema, conectando en lo que ya se dijo en un apartado anterior.

Históricamente, las estructuras económicas y el sistema de producción capitalista generaron la confrontación entre empresarios y trabajadores. También el conflicto entre religión y secularización fue una fuente de movilización social y política. Las confrontaciones étnico-nacionales, normalmente entre el centro y la periferia de los Estados provocaron la aparición de los movimientos nacionalistas.

Las líneas de tensión estructurales que desencadenan la aparición de movimientos sociales en las últimas décadas, se constituyen no tanto en el *establecimiento* de dos polos claramente diferenciados y establemente confrontados (clase contra clase, democracia frente a poder político autoritario, poder político contra ciudadanos, minorías étnicas contra Estados centrales, etc.) sino en el *desplazamiento* de las líneas de tensión dentro de esos polos, provocado por a su vez por cambios sustanciales tanto en los polos como en el *cleavage* constitutivo de la relación entre ambos.

— Los procesos de transformación industriales —fragmentación de la clase obrera, crecimiento del sector administrativo, parcelación del proceso productivo— han desplazado el protagonismo de la clase obrera en el movimiento obrero, surgiendo, al mismo tiempo, nuevos colectivos de asalariados (o no asalariados) que potencialmente pueden liderar las reivindicaciones derivadas del conflicto capital / trabajo.

— Las relaciones entre el Estado y los ciudadanos también se han transformado. Así, ahora la tensión surge, por ejemplo, del proceso de globalización económica que incapacita a los Estados a atender demandas sociales de sus ciudadanos, que, por otro lado, habían multiplicado sus demandas como una consecuencia del desarrollo del Estado del bienestar.

— La progresiva difuminación entre las fronteras de lo público y lo privado hacen surgir otras tensiones tanto por la invasión de lo privado en el espacio público, como por la intervención de lo público en la privacidad.

— También la crisis del Estado del bienestar ha hecho surgir nuevas marginaciones, nuevos grupos excluidos. Jóvenes, mujeres y otros colectivos, aparecen como potenciales adversarios de élites económicas y Gobiernos.

La relación es por supuesto incompleta, y además conviene establecer una precisión sobre estas estructuras —estas transformaciones estructurales— potencialmente generadora de conflictos y tensiones. Desde la perspectiva de los movimientos sociales las crisis estructurales son irrelevantes si no existe una percepción colectiva de la misma. Si no existe una conciencia colectiva que otorga a esa situación la categoría de insoportable injusticia. Sin duda, un movimiento social es una respuesta reactiva, o una acción proactiva, relacionada con un conflicto preexistente. Y al mismo tiempo un movimiento social *crea* el conflicto (Rucht 1988: 306). Lo introduce en la agenda política. Aunque parezca una afirmación excesivamente contundente, un conflicto existe porque existe un movimiento social que lo representa⁷.

B) *Organizativas*

Un movimiento social surge porque otras formas preexistentes —organizaciones— de solucionar ese conflicto no pueden llegar a él, no saben llegar a él o no quieren llegar a él. Surge pues porque existen *carencias organizativas*. Aquellas personas que en principio quieren actuar para eliminar el agravio o la injusticia percibida, no encuentran organizaciones preexistentes —partidos políticos, grupos de interés, etc.— que ya se estén movilizando con el objetivo de articular la correspondiente reivindicación o que sean capaces, o estén interesadas en asumir la misma.

Estas carencias organizativas, en muchas ocasiones, son *deliberadas*. Como dice Kitschelt (2004), la canalización de reivindicaciones políticas y sociales a través de las distintas formas de acción colectiva —movimientos, grupos de interés, partidos— nunca es casual. Son los «empresarios políticos» los que deciden a la vista del conflicto y su potencial reivindicación cual es el cauce más adecuado para organizar la protesta y movilización correspondiente.

C) *Culturales*

Un movimiento social surge porque a determinada gente no le gusta como se interpreta y como se vive la resolución de esa injusticia, de esa negación de inte-

⁷ No podemos entrar ahora en el inacabable debate sobre las relaciones entre estructura y acción; en nuestro caso, en que medida los movimientos sociales son una consecuencia, una inevitable y refleja respuesta de los procesos y cambios estructurales, o por el contrario son libres y autónomas manifestaciones de voluntad y acción colectiva que transforman las estructuras sociales. Sólo apuntar que —obviamente— la «solución» solo puede ser interactiva; como señala textualmente Sztompka «los movimientos sociales, cambian a la sociedad, cambiándose a sí mismos en el proceso, y se cambian a sí mismos con el fin de cambiar la sociedad» (Sztompka 1995, p. 307).

reses colectivos y al mismo tiempo cercanos. Preferirían entender y solucionar esos problemas de la misma manera que les gustaría vivir. Creen que los problemas a favor de cuya solución han decidido movilizarse, deben solucionarse de forma participativa, igualitaria y cooperativa. Por tanto buscarán organizarse, moverse, de forma solidaria para resolver esos problemas. Así, con su acción colectiva *prefiguran* al mundo (o a una parte del mundo) al que tratan de dar sentido y al que pretenden construir. Un movimiento es una respuesta a *carencias valorativas e ideológicas*. Un movimiento social es una respuesta o una anticipación a una crisis cultural preexistente.

2. INTERESES, IDENTIDADES, MILITANTES

La percepción de estas carencias *desencadena a su vez la aparición* —la constatación— de agravios y potenciales actitudes previas conflictivas.

A) *Intereses*

Un movimiento social supone la respuesta a lo que se percibe como agresión a específicos *intereses*. Un movimiento surge cuando determinadas personas entienden que están siendo vulnerados o impedidos aspectos sustanciales de su vida:

- De su vida material
- De su forma de entender su vida
- De sus proyectos vitales

B) *Identidades*

Un movimiento busca y pone en pie una *identidad colectiva*. Ello implica que determinada gente, en la defensa de esos intereses colectivos, quiere vivir conjuntamente una distinta forma de comprender y actuar en el mundo. Ciertamente la intensidad de esta vivencia puede ser muy débil, pero la misma debe existir para poder hablar de un movimiento social. Debe existir un mínimo de compartir un sentido, una común forma de interpretar y vivir la realidad.

C) *Identidades militantes*

Un movimiento surge porque asume una respuesta a carencias culturales, y organizativas y porque las responde de esta forma identitaria, de forma alternativa a las dominantes a la hora de adaptarse al mundo. Y, se añade ahora un nuevo punto, surge porque *existen redes solidarias preexistentes*, porque existen *militantes* con experiencia y voluntad solidaria. Con memoria de que es posible hacer y ver las cosas de forma diferente.

¿Por qué determinadas personas eligen la «forma» movimiento social para reclamar sus derechos y no otra forma como por ejemplo un grupo de presión o un

partido político? En determinadas circunstancias el descontento de un individuo frente a determinadas injusticias, se transforma en acción colectiva. ¿Cuándo?

El individuo «movimentista» decide participar aunque crea que participar no le da ningún beneficio particular y aunque crea que desde una perspectiva cuantitativa no se incrementan las posibilidades de éxito por su participación individual. Por dos razones:

Porque no toma sus decisiones de forma aislada. Comparte las mismas con otras gentes con las que consulta, con las que vive y comparte la solidaridad, a las que se siente ligado por promesas⁸. Porque es consciente del riesgo de no poder obtenerse un bien colectivo, si demasiada gente optase por ser un «gorrón», de aprovecharse de trabajo colectivo de los demás. Por eso elige participar en un movimiento social y trata de asegurarse de que otros también lo hacen.

El individuo que tiene esa clase de intereses «gratuitamente» colectivos, es un individuo proclive a incorporarse o fundar un movimiento social. Ese individuo que, siente solidariamente la injusticia y que cree que a través de una movilización colectiva y solidaria es posible eliminarla (y que además tiende a creer que es la única forma posible de hacerlo), es un individuo que tiene una sensibilidad social más activada. Ese «plus social» puede obedecer a diversas causas. Deficiente socialización integradora en el Sistema o socialización en ideologías disidentes al Sistema. O compartir concretas deficiencias o agresiones estructurales. Pero casi siempre esta sensibilidad especial se ha sedimentado a través de una práctica previa. En la práctica de movilizaciones en redes de solidaridad. En solidaridades que han convertido en hábito su previa predisposición. Un movimiento social nace a partir de unas redes sociales preexistentes. Y los individuos (no ciertamente todos los individuos, pero sí los más activos) que entran en un movimiento social lo hacen porque han tenido en origen una experiencia en redes sociales solidarias.

Hay personas potencialmente más dispuestas a participar en un movimiento social que en un grupo de presión o en un partido político, porque les preocupa construir *con otros* una identidad colectiva asentada en la mutua confianza en compartir valores, símbolos, horizontes y aun afectos; una identidad colectiva, que renegociada continuamente entre sus miembros, se expresa en una determinada forma de definir, valorar y dar sentido a la realidad. Y en una determinada manera de estar en el mundo. También porque consideran más eficaz, o simplemente inevitable, *reivindicar junto con esos otros*, los intereses o valores que ven negados o amenazados. Y finalmente porque esa preocupación, *ese deseo*, se cimienta en una anterior experiencia de solidaridad identitaria; o al menos en el relato «mítico» de alguna experiencia de ese orden.

3. DEL DESCONTENTO A LA ACCIÓN

De acuerdo con Klandermans (1997), el individuo puede tomar la decisión de participar en un movimiento sólo en la medida en que se siente inmerso en una

⁸ Este puede ser el punto más crítico al conocido análisis olsoniano (OLSON 1968) que construye su tesis a partir de individuos desvinculados.

serie de marcos de acción colectiva (Gamson 1992); la participación en este sistema de creencias no implica en sí mismo la opción de participar en el movimiento, pero no «estar» dentro de este sistema de creencias, hace impensable una decisión dirigida a la acción colectiva. Tres variables dan forma a estos marcos.

— El sentimiento de que algo es injusto y de que hay alguien responsable de tal injusticia.

— El sentimiento de que ésta oprime al colectivo en el que es sentida la solidaridad, de que existe, por tanto, un «nosotros», una realidad y una identidad colectiva violada por los «otros».

— Y finalmente, el sentimiento de que es posible, juntos y unidos, a través de la movilización colectiva, superar la injusticia.

Haciendo referencia a la primera variable, el sentimiento de injusticia con la correspondiente asignación de culpables, surge de tres posibles circunstancias.

— La experiencia desde el grupo de una desigualdad ilegítima;

— Injusticias cometidas sobre el colectivo;

— Y violación de valores o creencias compartidas.

VI. CONTEXTOS DEL DESPEGUE Y DESARROLLO DE UN MOVIMIENTO SOCIAL

Un movimiento social empieza porque hay gente dispuesta a ello, porque esa gente tiene una forma distinta de ver la realidad y de querer transformarla, y porque también hay condiciones para su puesta en marcha. Para su despegue y eventual desarrollo haremos una breve descripción de los contextos concluyendo con un cuadro de relaciones entre todos ellos.

I. LOS TRES CONTEXTOS

Para que surja un movimiento hacen falta individuos «especiales». Pero no es suficiente. Hace falta un contexto de surgimiento adecuado. Es más, sin un contexto favorable, el movimiento no pasa de la fase de deseo, de la declaración programática y quizás de un formal pero inútil acto constituyente; le resulta imposible establecer una mínima capacidad de movilización, y muere solo nacer. Deben existir al menos tres contextos favorables.

A) *Recursos humanos y materiales*

Algo ya mencionado. La existencia de redes adecuadas disponibles; de personas forjadas en la práctica militante de la solidaridad. Además, obviamente, un mínimo de recursos materiales para la puesta en marcha del movimiento. Y, por supuesto, —hoy por hoy— parece indiscutible contar con mínimo apoyo mediático.

B) *La estructura de oportunidad política*

La posición de ciertas variables de la estructura y coyuntura política. Por ejemplo, el grado de apertura de las instituciones políticas a las demandas sociales; o la fortaleza de las instituciones a la hora de aplicar sus decisiones políticas; o el posicionamiento de las élites políticas; o los potenciales aliados del movimiento. La posición y conjunción de estas circunstancias permitirán (o impedirán) el impulso inicial de un movimiento

C) *Los marcos culturales*

Hace referencia a la identidad colectiva del movimiento y su potencia movilizadora. Explica como el movimiento construye un discurso alternativo sobre el mundo, que refuerza la diferencialidad del sentido de pertenencia colectiva y que al tiempo le posibilita expandir, con las consiguientes consecuencias movilizadoras, esa construcción cultural e identitaria. Y explica sobre todo cuáles son las posibilidades de éxito y aun del movimiento en la medida que su discurso conecta de alguna manera con algunas creencias dominantes de la sociedad en la que actúa⁹.

D) *Una perspectiva comparada*

Las fronteras entre condiciones de surgimiento, despegue y desarrollo con éxito de un movimiento social no son excesivamente precisas.

Como se observa en el cuadro n.º 4, todas las dimensiones en juego tienen presencia en cada fase del proceso. Así, el conflicto estructural influye tanto en el origen del movimiento a través de una primera percepción del mismo, como en el despegue y desarrollo a través de los sucesivos procesos de introducción en la agenda política e institucionalización del conflicto. También, el referente cultural juega en una primera intuición de rechazo a la cultura dominante, como en el uso de referentes y creencias disponibles en la sociedad para construir con las mismas el discurso y una identidad colectiva que esté alineada (conectada) con los marcos culturales dominantes. Las exigencias organizativas se presentan, en su vertiente humana, ya desde el mismo origen, condicionándose también el desarrollo posterior con otras necesidades materiales. Finalmente, la política penetra el proceso de un movimiento social desde el principio hasta el fin. Desde impedir su nacimiento hasta establecer un espacio de juego en el cual un movimiento puede desarrollarse al máximo, lograr un impacto contundente en el sistema político vigente.

⁹ Para una visión de conjunto y combinada de los tres contextos ver: MC ADAM, MC CARTHY, ZALD, (1999); el análisis más interesante sobre las dimensiones y consecuencias de la estructura de oportunidad política está en DELLA PORTA y DIANI, 1999, y DIANI, 1996; las aportaciones más relevantes sobre el papel que juegan los marcos culturales están en los trabajos de SNOW y otros; ver especialmente HUNT, BENFORD, y SNOW, (1994) y también MAIZ, 1995.

CUADRO N.º 4

Movimiento social: dimensiones y fases

	ORIGEN	DESPEGUE	DESARROLLO
ESTRUCTURA	Percepción conflicto (Frustración)	Definición conflicto (Agenda)	Institucionalización Extensión conflicto
CULTURA	Intuición Falta de sentido en cultura dominante «Emoción» emergente	Construcción discurso Identidad alternativa excluyente	Procesos de alineamiento con marcos culturales disponibles en la sociedad
ORGANIZACIÓN	Redes solidaridad disponibles Núcleo militante	Otras redes solidarias Otros recursos Características	Incentivos colectivos Construcción redes inter-organizativas
POLÍTICA	Input mínimamente abierto Percepción oportunidades políticas	Posibilidad de interlocución política Primeros aliados	Extensión alianzas Sistema élites favorables Input abierto Dificultades en el output

FUENTE: Elaboración propia.

E) *La relación dinámica de los contextos*

Análisis recientes (McAdam; Tarrow y Tilly, 2005), sobre la conflictividad social y política, cuestionan el uso excesivamente rígido de estos condicionantes y contextos. Entienden que la conflictividad social y política, de la cual los movimientos sociales son protagonistas (pero no los únicos protagonistas) se expresa, sobre todo, a través de *relaciones*. Lo importante, pues, no es aislar analíticamente los diversos contextos y condicionantes sino observar cómo se relacionan entre sí, cómo aparecen y se repiten procesos que interrelacionan unas y otras dimensiones. Y considerar también cómo lo que, en última instancia, hace que un movimiento se ponga en marcha, no es tanto su adecuada utilización de los diversos contextos organizativos, culturales y políticos, sino el uso que haga de los mecanismos de conexión que se dan entre todos ellos.

VII. UNA PROPUESTA FINAL

Lo dicho hasta ahora, nos permite concluir con un nuevo intento de definir —o quizás solo describir— a los movimientos sociales¹⁰. Para ello conviene recordar

¹⁰ Definiciones o descripciones que en cualquier caso, no podemos olvidar que están lastradas por las necesidades epistemológicas del analista. Es decir el *concepto de movimiento social es siempre un objeto de conocimiento construido por el analista; no coincide con la empiria complejidad de la acción* (MELUCCI, 1996, p. 21).

su dimension dinámica y cambiante, y proponer así dos descripciones de los movimientos sociales:

a) Una que describe lo que siempre está en ellos. Los elementos mas característicos de esta descripción estática son, además de, obviamente, el mantenimiento de un conflicto político, la persistencia de la informalidad y horizontalidad en las estructuras organizativas y decisorias la, al menos preocupación, por mantener una identidad colectiva y una —aunque sea muy debil— potencialidad antisistémica.

b) La otra describe al movimiento en sus fases de mayor tensión, lo que es un movimiento solo en ciertos momentos. Los rasgos que normalmente surgen y se mantienen en la fase naciente y constitutiva del movimiento son los de identidad colectiva fuerte, autonomía (rechazo frontal a todo acercamiento a partidos e instituciones, sistemática no convencionalidad en los medios, etc.) y globalidad reivindicativa antisistémica. Todos los rasgos expresan un común deseo. El deseo de sus miembros de ser, colectivamente, distintos. Un movimiento social (o una movilización social con voluntad de constituirse en movimiento) nace porque sus componentes creen que se está cometiendo una injusticia en general o una vulneración de sus intereses como grupo (lo habitual, suele ser las dos cosas). Pero la fuerza, el entusiasmo con la que nace el movimiento y que le permite afrontar, con cierta seguridad, su continuidad, proviene de ese sentirse diferente, de esa percepción —más exactamente emoción— de que lo que están haciendo les sitúa fuera del mundo de la rutina, de lo establecido. Vivir intensamente una comunidad identitaria, rechazar imposiciones exteriores, utilizar medios de lucha alternativos y contruir una visión distinta y global de la realidad, es lo diferente. Se elige lo nuevo en los movimientos sociales porque el movimiento necesita para arrancar, constituirse contra o al menos al margen del mundo que se combate. Y ese nacimiento fuera de las fronteras del territorio *civilizado*, esa voluntad colectiva de misión frente a una realidad exterior degradada, es la que hace que el movimiento se sienta, en ese momento o en esa determinada fase, auténtico y poderoso.

c) Para acabar proponemos la definición mas desarrollada que prometimos al principio. Una definición que también se fija no tanto en el estado naciente del movimiento sino en sus tendencias a largo plazo, resaltando así una evolución hacia una mayor convencionalidad que suelen exhibir en su ciclo los movimientos sociales:

*Red de interacciones informales entre individuos, grupos, y/o organizaciones que, en sostenida y habitualmente conflictiva interacción con autoridades políticas, elites y oponentes, —y compartiendo una identidad colectiva en origen diferenciada pero con tendencia a confundirse con identidades convencionales del «mundo exterior»—, demandan públicamente cambios (sólo en potencia permanentemente antisistémicos) en el ejercicio o redistribución del poder en favor de intereses cuyos titulares son indeterminados e indeterminables colectivos o categorías sociales*¹¹.

¹¹ La definición es una mezcla de los conceptos de TILLY (1993), DIANI (1992) y TARROW (*op. cit*) a la que he añadido la dimensión evolutiva.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, J., AJANGIZ, R., IBARRA, P. y SAINZ DE ROZAS, R. (1998): *La insumisión; un singular ciclo histórico de desobediencia civil*, Tecnos, Madrid.
- AJANGIZ, R. (2003): *Servicio militar obligatorio en el siglo XXI, cambio y conflicto*. CIS, Madrid.
- ALBERONI, F. (1981): *Las razones del bien y del mal*, Gedisa, Barcelona.
- BÁRCENA, I., IBARRA, P. y ZUBIAGA, M. (1995): *Nacionalismo y ecología. Conflicto e institucionalización en el movimiento ecologista vasco*, Libros de la catarata, Madrid.
- BÁRCENA, I., IBARRA, P. y ZUBIAGA, M. (1998): «Movimientos sociales y democracia en Euskadi: insumisión y ecologismo» en IBARRA y TEJERINA. (eds.): *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.
- BEJAR, H. (2001): *El mal samaritano. El altruismo en tiempos del escepticismo*. Anagrama, Barcelona.
- CALHOUM, G. (2002): «Los nuevos movimientos sociales de comienzos del siglo XIX», en TRAUOGOTT (comp.): *Protesta social; repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer, Barcelona.
- CAMINAL, M. (1988): *Nacionalisme i partits nacionals a Catalunya*, Editorial Empúries, Barcelona.
- CAMPILLO, N. (2002) (coord.): *Género, ciudadanía y sujeto político. En torno a las políticas de igualdad*. Institut Universitari d'Estudis de la Dona, Universitat de Valencia, Valencia.
- CASQUETTE J. (1998): *Política, cultura y movimientos sociales*, Bakeaz, Bilbao.
- CORTAVITARTE, E. (2004): «Globalización, reformas laborales y conflictividad laboral», *Revista Mientras tanto*, n.º 91-92.
- DALTON, R. J. y KUECHLER, M. (eds.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político*. Edicions Alfonso el Magnanim, Valencia.
- DELLA PORTA, D. y DIANI, M. (1999): *Social Movements. An introduction*, Blackwell, Oxford.
- DELLA PORTA, D. y RUCHT, D. (1995): «Left-Libertarian Movements in context: Comparing Italy and West Germany, 1965-1990», en JENKINS, C. J. y KLANDERMANS, B. (eds.): *The politics of social protest: comparative perspectives on States and social movements*, University of Minnesota Press-UCL, Minneapolis.
- DIANI, M. (1992): «The Concept of Social Movement», *The Sociological Review*, n.º 38.
- (1996): «Linking mobilization frames and political opportunities: insights from regional populism in Italy», *American Sociological Review*, vol. 61.
- DÍAZ SALAZAR, R. (2002), (ed.): *Justicia global. Las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre*, Icaria e Interpón Oxfam, Barcelona.
- FERNÁNDEZ, J. (1999): *El ecologismo español*, Alianza, Madrid.
- FERNÁNDEZ BUEY, F. (2004): *Guía para una globalización alternativa. Otro mundo es posible*, Ediciones B, Barcelona.
- FUNES, M. J. (1998): *La salida del silencio*, Akal, Madrid.
- FUNES RIVAS, M. J. y ADELL ARGILÉS, R. (2003), (eds.): *Movimientos sociales. Cambio social y participación*, UNED Ediciones, Madrid.
- GAMSON, (1992): *Talking Politics*, Cambridge University Press, Cambridge.
- GENRO, T. (2000): *Reinventar el futuro. Democracia y socialismo*, Editorial del Serbal, Barcelona.
- GRAU, E. (1993): «De la emancipación a la liberación y valoración de la diferencia. El movimiento de mujeres en el Estado Español» en DUBY, G. y PERROT, M. (eds.) *Historia de las mujeres. Siglo XX*. Tomo V, Taurus, Madrid.
- HABERMAS, J. (1987): *Teoría del acción comunicativa*, Taurus, Madrid.
- HUNT, S., BENFORD, R., SNOW, D. (1994): «Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos», en LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (eds.): *Los nuevos movimientos sociales; de la ideología a la identidad*, CIS, Madrid.
- IBARRA, P. (1995): «Nuevas formas de comportamiento político; los nuevos movimientos sociales», en *Inguruak*, n.º 13.
- (2005a): *Nacionalismo. Razón y pasión*, Ariel, Barcelona.
- (2005b): *Manual de movimientos sociales*, Síntesis, Madrid.
- (2002): «The social movements: from Promoters to Protagonists of Democracy», en IBARRA, P. (2002), (ed.): *Social movements and Democracy*, Palgrave / St. Martin's Press, CL. N. York.
- IBARRA, P. y TEJERINA, B. (1998) (eds.): *Movimientos sociales, transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.

- IBARRA, P.; GOMA, R. y MARTÍ, S. (2002), (coords.): *Creadores de democracia radical. Movimientos sociales y redes de políticas públicas*, Icaria, Barcelona.
- JEREZ, A., ROMERO, A. (2002): «Mirando al sur: una aproximación al movimiento por el desarrollo y la solidaridad en la España de los 90», en ROBLES, J. M. (comp.): *El reto de la participación. Movimientos sociales y organizaciones*, Mínimo tránsito/Antonio Machado libros, Boadilla del Monte, Madrid.
- JIMÉNEZ, M. (2002): *Protesta social y políticas públicas. Un estudio de la relación entre el movimiento ecologista y la política ambiental en España*, Centro de estudios avanzados en Ciencias Sociales, Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones, Madrid.
- JORDAN, G.; MALONEY, W. A y BENNETT, L. G. (1996): «Les groupes d'intérêt public». *Pouvoirs*, n.º 79.
- JORDANA, J. (1996), «La acción colectiva y las asociaciones de intereses», en CAMINAL M. (ed.): *Manual de Ciencia Política*, Tecnos, Madrid.
- KITSCHOLT, H. (2004): «Diversificación y reconfiguración de los sistemas de partidos de las democracias postindustriales», *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 10.
- KLANDERMANS (1997): *The social psychology of protest*, Blackwell, Oxford.
- KOHLER, H-D. (1995): *El movimiento sindical en España. Transición democrática, Regionalismo, Modernización económica*, Editorial Fundamentos, Madrid.
- KRIESI, H. P. (1992): «El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa occidental», en BENEDICTO, J. y REINARES, F. (eds.): *Las transformaciones de la política*, Alianza, Madrid.
- LARAÑA, E. (1999): *La construcción de los movimientos sociales*, Alianza, Madrid.
- LARAÑA, E. y GUSFIELD, J. (1994) (eds.): *Los nuevos movimientos sociales; de la ideología a la identidad*, CIS, Madrid.
- LETAMENDIA, F. (1997): *Juego de espejos. Conflictos nacionales centro/periferia*. Trotta, Madrid.
- (2004): *ELA (1976-2003): sindicalismo de contrapoder*, Fundación Manu Robles-Arangiz, Bilbao.
- MADRID, A. (2002): «El bienestar del voluntariado. Reflexiones en torno a la institucionalización de la colaboración social gratuita», en ROBLES, J. M. (comp.): *El reto de la participación. Movimientos sociales y organizaciones*, Mínimo tránsito/Antonio Machado Libros, Boadilla del Monte, Madrid.
- MAIZ, R. (1995): «La construcción de las identidades políticas» en *Inguruak*, n.º 13.
- MARDONES, J. M. (1996): «Los nuevos movimientos sociales y la sociedad moderna», en MARDONES, J. M. (dir.): *10 palabras clave sobre movimientos sociales*, Verbo Divino, Estella.
- MARTÍ I PUIG, S. (2002): *El movement antiglobalització. Explicat als meus pares*, Columna, Barcelona.
- MARTÍNEZ, L. (2004): «El movimiento ecologista. La lucha antinuclear y contra el modelo energético en España», *Revista Mientras Tanto*, n.º 91-92.
- MC ADAM, D. (1982): *Political process and the development of Black insurgency 1930-1970*, University of Chicago Press, Chicago.
- MC ADAM, D.; TARROW, S. y TILLY, CH. (1996): «To map contentious politics» en *Mobilization*, n.º 1.
- (2005): *Dinámica de la contienda política*, Hacer, Barcelona.
- MC ADAM, D., MC CARTHY, J. D., ZALD, M. N. (1999) (eds.): *Movimientos sociales. Perspectivas comparadas, Istmo, Madrid*.
- MC CARTHY, J. D. y ZALD, M. N. (1987): «Resource mobilization and social movements», en ZALD, M. N. y MCCARTHY, J. D.: *Social Movements in an Organizational Society*, New Brunswick, Transaction (artículo original en *American journal of sociology*, n.º 82, 1977).
- MELUCCI, A. (1988): «Getting involved. Identity and Mobilization in Social Movements», *International Social Movements Research*, vol. 1. JAI Press.
- (1996): *Challenging codes. Collective action in the information age*, Cambridge U.P., Cambridge.
- MEYER, D. S. y TARROW, S. (1998): «The social movement society. Contentious politics for a new century» en MEYER, D. S. y TARROW, S.: *The social movement society*. Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland.
- MONEDERO, J. C. (ed.) (2003): *Cansancio del Leviatán. Problemas políticos en la mundialización*, Trotta, Madrid.
- MONTERO, J. (2004): «Movimiento feminista: una trayectoria singular», *Mientras Tanto*, n.º 91-92.
- MORRIS, A. y MUELLER, C. (eds.) (1992): *Frontiers of social movements theory*, Yale U.P., New Haven.

- NEIDHART, F., y RUCHT, D. (1991), «The analysis of social movements: the state of the art and some perspectives for further research», en RUCHT, D. (ed.) *Research on Social Movements. The State of the Art in Western Europe and U.S.A.* Frankfurt-Boulder (CO.) Campus Verlag. Westview Press.
- NEVEU, E. (2000): *Sociologie des mouvements sociaux*, La Decouverte, Paris.
- OFFE, K. (1988): «Partidos políticos y Nuevos Movimientos Sociales», Sistema, Madrid.
- OLSON, M. (1968): *The Logic of the Collective Action*, Ca. Mass, Harvard University Press.
- PASTOR, J. (2002): *Qué son los movimientos anti-globalización*, RBA Integral, Barcelona.
- PÉREZ LEDESMA, M. (1997): «La formación de la clase obrera: una creación cultural» en CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid.
- PRAT, E. (2004): *El movimiento por la paz en los años ochenta en Cataluña*, Institut Universitari d'història Jaume Vicens i Vives. Universitat Pompeu Fabra. (Tesis doctoral).
- RECIO, A. (2003): «Sindicalismo en tiempos de neoliberalismo y crisis civilizatoria», en IBARRA, P. y GRAU, E. (eds.): *Nuevos escenarios, nuevos retos en la red. Anuario movimientos sociales 2002*, Icaria, Barcelona.
- REICHMANN, J. (1991): *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia*, Editorial Revolución, Madrid.
- RIECHMANN, J. y FERNÁNDEZ BUEY, F. (1994): *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona.
- RUCHT, D. (1988): «Themes, Logics and Arenas of Social Movements», en KLANDERMANS, B., KRIESI, H. P. y TARROW, S. (eds.): *From Structure to Action*. Vol. I., Jai Press, London.
- SAGNES, J. (1994): (ed.): *Histoire du syndicalisme dans le monde: des origines à nos jours*, Editions Privat, París.
- SANZ, A. y MALDONADO, T. (2004): «Feminismo siglo XXI: notas para un «balance y perspectivas» en IBARRA, P. y GRAU, E. (coord.): *La red en la calle. ¿cambios en la cultura de movilización? Anuario de movimientos sociales 2003*, Icaria, Barcelona.
- SEILER, D. L. (1989): «Peripheral nationalism between pluralism and monism» en *International Political Science Review*, 10, 3.
- SNYDER, J. (2000): «From voting to violence. Democratization and nationalist conflict», Norton, New York.
- SZTOMPKA, P. (1995): *Sociología del cambio social*, Alianza, Madrid.
- TARROW S. (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid.
- TELLO, E. (2000): «Los próximos 25 años del movimiento ecologista (y los anteriores)» en GRAU, E. e IBARRA, P. (coord.): *Una mirada sobre la red Anuario Movimientos Sociales 1999*, Gako - San Sebastián, Icaria - Barcelona.
- TILLY, CH. (1978): *From mobilization to revolution*. Reading (MA) Addison - Wesley.
- (1993): «Social Movements as Historically Specific Clusters of Political Performances» en *Berkeley Journal of Sociology* n.º 38.
- (2004): *Social movements 1768-2004*. Paradigm Publishers, Boulder Co.
- WUTHNOW, R. (1996): *Actos de compasión: cuidar de los demás y ayudarse a uno mismo*, Alianza, Madrid.
- ZUBERO, I. (1993): *Los sindicatos españoles ante el cambio tecnológico (entre 1975 y 1990)*, Desclée de Brouwer, Bilbao.